

Migraciones: nueva frontera en el Caribe

Antonio Aja

Profesor e investigador. Centro de Estudios de Migraciones Internacionales, Universidad de La Habana.

Antonio Gaztambide

Profesor. Universidad de Puerto Rico, Río Piedras.

Las migraciones constituyen una de las principales vertientes de los cambios en la vida social y política. Han facilitado el proceso de desarrollo económico, contribuido a la evolución de los Estados y sociedades, y enriquecido diferentes culturas y civilizaciones. En los pasados siglos, la migración complementó la expansión del comercio y la economía, contribuyó a crear naciones y territorios, nutrió la urbanización, abrió nuevos escenarios a la producción e hizo aportes sustanciales a los procesos de cambios sociales y culturales. Con el Renacimiento, se abrían espacios al problema de la migración entre los intereses públicos y políticos, y se produciría un debate que recogería la dinámica y realidad de Europa. Entre el siglo XVI y el XVIII, Italia y Francia favorecen y deploran indistintamente la migración; España llegó a atribuir su decadencia a una emigración excesiva, mientras que en Inglaterra se le evaluaba como elemento regulador y de expansión.

Durante la segunda mitad del siglo XIX, y comienzos del XX, los grandes desplazamientos humanos desempeñaron un papel fundamental en el desarrollo del capitalismo. Las ciudades fueron la cuna de este sistema en Occidente. La migración hacia estas alimentó su

crecimiento y desarrollo económico y político. El capitalismo se expandió y tomó posesión del mundo, reestructuró las formas urbanas, y organizó y diversificó las nuevas y numerosas olas migratorias que confluyeron hacia aquellas. Esta visión estaría incompleta si no se reconocen los nocivos efectos de los movimientos de población provocados por el colonialismo y las políticas expoliadoras que cayeron, con fuerza implacable, en particular sobre África, América del Norte, América Latina y el Caribe, al exterminar los aborígenes, imponer la esclavitud y desarrollar viejas y nuevas formas de dependencia cuyos efectos aún hoy pueden distinguirse.

Desde los años 70 del siglo XX, se ha producido un aumento de los movimientos internacionales de población, que abarca todas las regiones geográficas. Las personas pueden desplazarse a un país vecino o viajar hasta el otro extremo del planeta como trabajadores y profesionales migrantes o refugiados. Este es el contexto internacional donde la «selección selectiva» se instala definitivamente en los años 80, acompañando al cuestionamiento del Estado de bienestar. La década de los 90 marca el incremento de esta perspectiva

de selectividad ante los migrantes, con énfasis en el ángulo de la seguridad, a partir de la necesaria protección de la humanidad ante tres flagelos: el narcotráfico, el terrorismo y el relativamente nuevo sistema del tráfico ilegal de personas organizado en lo internacional.

La globalización económica y la integración no solo suponen una mayor libertad del flujo de bienes y capitales, sino también de servicios y trabajadores. El fin de la Guerra fría redujo, en apariencia, los obstáculos ideológicos de cara a la migración internacional; pero hizo aflorar tensiones nacionalistas subyacentes que han dado lugar a limpiezas étnicas y a otras clases de movimientos forzados, sin abandonar incluso las propias posiciones ideológicas.

El siglo XXI se inicia matizado por la tendencia de los vínculos globales a abarcar todas las áreas geográficas y los grupos humanos y a establecer diferencias entre estos. Algunos se convierten en miembros con pleno derecho en el nuevo orden global, mientras otros (la mayoría) quedan marginados. Es uno de los temas principales de todas las contradicciones provocadas por el sistema capitalista a escala universal.¹

Una parte importante de los países desarrollados son hoy sociedades diversas, multiétnicas; los que aún no alcanzan ese estadio se mueven en esta dirección. En el otro extremo, están las naciones en desarrollo, atrasadas, dependientes, que arrastran esos atributos desde hace siglos sin que se avizore el fin de esa condición. Estos últimos aportan los actores de los desplazamientos poblacionales mediante un profundo proceso de descapitalización humana y reciben los impactos de la llamada transnacionalización. La emergencia de la migración internacional como una característica estructural básica de un grupo importante de los países industrializados y no industrializados ilustra la fuerza del fenómeno migratorio.

Sin embargo, el fundamento teórico para entenderlo es débil. La explosión de la emigración-inmigración ha tomado por sorpresa a ciudadanos, funcionarios gubernamentales, demógrafos, partidos políticos e incluso sistemas sociales. Cuando se trata de analizar este fenómeno internacional, la opinión pública permanece atrapada en conceptos, modelos y supuestos del siglo XIX. No obstante, últimamente abunda la percepción de que las migraciones constituyen un componente de las políticas internacionales de los países. El impacto de las migraciones en las relaciones internacionales ha comenzado a investigarse. Sin embargo, su efecto en las relaciones entre los Estados involucrados todavía se estudia poco. En menor grado, se examina el impacto de las migraciones sobre las relaciones multilaterales y los movimientos de cooperación e integración. El espectro de dimensiones que inciden sobre unas y otras interacciones abarca

desde las más formales —como es el caso de las políticas migratorias—, hasta las más fluidas, como ocurre con las percepciones y actitudes. Tampoco se visualizan las migraciones desde la sociedad civil, a pesar de que muchos de los migrantes y sus familiares residentes en los países de origen no pertenecen solo a la sociedad civil, sino a sus sectores menos privilegiados. Resulta posible abordar el análisis de las migraciones como otra expresión de la participación de estos grupos de las sociedades civiles en las relaciones internacionales.

Todo lo anterior es particularmente pertinente para el Gran Caribe. Las migraciones externas son universales, así como la creciente gravitación de las comunidades de emigrantes sobre la sociedad de origen, y sobre las relaciones entre los Estados involucrados. Aunque esta problemática comienza a estudiarse, casi no se ha investigado el impacto sobre las relaciones multilaterales y sobre los movimientos de cooperación e integración.²

La sociedad civil en el Caribe

En el Caribe, los cambios geopolíticos de la posguerra fría dan mayor relevancia y pertinencia al tratamiento no tradicional de problemas antiguos: ¿qué se discute, quiénes participan, y cómo se desarrollan las negociaciones en las que está involucrada la región? En una discusión temprana de esos problemas, tanto en la zona como en la sociedad civil, Andrés Serbín³ explora las «perplejidades e incertidumbres» de los imaginarios y discursos teóricos para el estudio de las relaciones internacionales en el mundo de la posguerra fría y la globalización. En la primera de tres interrogantes teórico-conceptuales, examina los debates entre quienes destacan la globalización «desde arriba» y los que la examinan «desde abajo». Reseña la discusión entre los que subrayan —frente a esta visión, pero también como resultado de ella— un proceso de integración regional o *regionalización*, en el plano ideológico-cultural y simbólico de «un *nacionalismo regional* superador de los nacionalismos reducidos al marco de los Estados naciones».⁴

La segunda interrogante traza la ruta de los que proponen soluciones unívocas a la crisis de paradigmas, y recalca en su propio enfoque «multidimensional y holístico», a la vez que diversificado y pluralista, al dar cuenta, entre otros factores, de una *sociedad civil... transnacional*. La tercera vía interpretativa se cuestiona la vinculación entre las ideas y los procesos políticos, y culmina ese «mapa de navegación» conceptual con la necesidad de una «comunidad epistémica» que se constituya eje del proceso de integración regional.⁵

Una perspectiva parecida, también de cierta inspiración en la imaginativa obra de James Rosenau,⁶ se centra, sin embargo, en las discusiones «no tradicionales» sobre los procesos y prácticas del multilateralismo, así como en la naturaleza de los actores que participan en dichos procesos. Mirna Yonis⁷ discute los cambios generados en la composición y naturaleza de los interlocutores —incluidas las ONG y la sociedad civil en general—, así como la conformación de agendas regionales en el marco de las relaciones internacionales del Gran Caribe.

Ninguna de estas discusiones aborda lo que nos parece la principal divisoria en las exploraciones sobre la sociedad civil en las relaciones internacionales: la distinción entre la llamada *incidencia* de la sociedad civil en las relaciones hasta ahora presuntamente reservadas a los Estados y las *relaciones directas* entre las sociedades civiles. Los autores suelen insistir en las primeras, que podemos denominar como *el papel de la sociedad civil en las relaciones interestatales*, por la inercia natural del estudio de las relaciones internacionales. Se habla mucho menos, o se confunden en un estudio indiferenciado, las interconexiones e interacciones entre las sociedades, donde el apoyo y participación del Estado puede ser un hecho accidental o subsidiario, y entendido como las relaciones internacionales de la sociedad civil o *relaciones intersociales*.

Las relaciones intersociales son casi tan antiguas como la irrupción de los europeos no ibéricos en la región, si se dejan de lado las interacciones más antiguas. ¿Por qué se plantearía ahora el problema de la inserción de la sociedad civil como algo novedoso? Porque se ha tendido a privilegiar unos niveles de relaciones sobre otros. Un excesivo énfasis en las fuerzas gubernamentales desatiende las múltiples comunicaciones entre los seres humanos, quienes cultivan o erosionan con su práctica los esquemas de cooperación acordados por los gobiernos. Estas fuerzas no gubernamentales, desde las compañías extranjeras hasta los deportistas, fraguaron las relaciones internacionales del Caribe y han estado fraguando las del futuro.

Aunque hace algún tiempo se habla de su importancia, en la práctica se sigue estudiando primordialmente a los gobiernos. Este enfoque resulta explicable, pues la mayor parte de las relaciones internacionales, hasta la Segunda guerra mundial, tuvieron lugar entre Estados nacionales. Uno de los cambios significativos de nuestro tiempo es, precisamente, que los pueblos se han ido apoderando de sus historias, incluyendo sus relaciones. El propio imperialismo se ha transformado en lo que algunos bautizan de «hegemonismo», al alejarse del colonialismo «clásico» y reconocer —al menos formalmente, y no

en todos los casos— una comunidad de pueblos con los mismos derechos colectivos e individuales.

La sociedad civil emergió como uno de los conceptos emblemáticos de la revolución cultural mundial en los años 70.⁸ En ese momento, se renovaron y diversificaron las relaciones intersociales. Estimulados por el apoyo de la ONU a las ONG, surgieron los movimientos por la paz, la protección del medio ambiente y la conservación de los recursos naturales y comenzaron a organizarse regionalmente.⁹ Entre las ONG, cobraron particular fuerza y ascendencia actores de larga tradición: las religiones y sus iglesias.

En torno a esta renovación y diversificación, se puede establecer una cierta diferenciación entre las *relaciones tradicionales* y las *no tradicionales*. Entre las primeras sobresalen las interacciones religiosas y empresariales; pero pueden incluirse las de organizaciones políticas afines, así como de ciertos grupos profesionales y obreros. Valga destacar también las interacciones académicas y los grupos profesionales e intelectuales que se organizaron bajo una identidad caribeña, como la Asociación de Estudios del Caribe (CSA) y la Asociación de Historiadores del Caribe (ACH), ambas fundadas en Puerto Rico en 1974 y 1978, respectivamente.

Las *relaciones no tradicionales* resultan más novedosas y, por lo tanto, interesantes y sintomáticas. En los años 70 se produjeron contactos y organizaciones de mujeres, jóvenes y estudiantes, se desataron nuevas fuerzas culturales, como la mundialización de la salsa surgida del mundo cultural hispanohablante y la diáspora caribeña en los Estados Unidos, así como del reggae del anglófono, entrelazadas por redes migratorias cada vez más intensas. En la década siguiente, se desarrollaron relaciones entre los «movimientos populares» de base comunitaria y las redes académico-profesionales que los apoyaban.¹⁰

Migraciones en el Caribe

Durante las últimas cuatro décadas, la región caribeña ha crecido a un ritmo más rápido que América Latina, pero no lo necesario, y lo ha hecho más despacio desde los años 70. El incremento del PIB per cápita promedio anual fue de 2,8% entre 1961 y 2002, y se espera que alcance 2,3% en el período 2001-2010. Los países que lograron el más alto crecimiento a largo plazo fueron Saint Kitts y Nevis, San Vicente y las Granadinas, Granada y Antigua y Barbuda; y los de menor crecimiento durante las últimas cuatro décadas, Haití, Jamaica y Guyana. Este incremento osciló entre 1,0% en Haití y 4,8% en San Vicente y las Granadinas.¹¹

Los altos niveles de deuda han colocado a siete países caribeños entre los diez más endeudados del mundo, lo cual afecta el crecimiento sostenible y empeora las expectativas de estabilidad macroeconómica. Con la excepción de Haití, donde los niveles de pobreza se mantienen altos (76%), en los demás se encuentra entre 12%, en el caso de Antigua y Barbuda, y 35%, en Guyana. A pesar de la escasez de datos, pudiera decirse que la pobreza ha disminuido en República Dominicana (de 33,9% en 1993 a 28,6% en 1999), Jamaica (de 44,6% en 1991 a 19,7% en 2002), y Guyana (de 43,2% en 1992 a 35% en 1999), aunque ha aumentado en Haití (de 65% en 1988 a 76% en 2003).

Pese a un cierto declive durante la última década, los índices de desempleo en la mayoría de estos países tienden a ser altos, con la excepción de República Dominicana y Saint Kitts y Nevis. El elevado desempleo urbano prevalece en los países más grandes, mientras que el rural y el subempleo persisten entre los miembros de la Organización de Estados Caribeños del Este.

La migración internacional ha tenido una presencia constante en la historia de América Latina y el Caribe. Después de décadas como receptores de inmigrantes, la mayor parte de la región se ha convertido en emisora. La migración intrarregional es un fenómeno fluctuante en el tiempo, en dependencia de las coyunturas económicas y políticas. En ocasiones, los desplazamientos poblacionales a escala internacional han sido resultado de la expansión de los movimientos internos, que concluyen al pasar las fronteras nacionales.

La emigración representa alrededor de 4% de la población regional. Cerca de la mitad ha salido en el período entre 1990 y 2000, en la medida en que la globalización, la integración económica y la creciente interdependencia entre las naciones contribuyen a intensificar los flujos en el área. Las presiones que generan migración se relacionan con la incapacidad de los modelos de desarrollo económico adoptados, al no alcanzar los resultados esperados en cuanto a la generación de crecimiento económico y desarrollo social, junto a las grandes asimetrías económicas regionales y a la presión demográfica heredada. A esto se añade la consolidación de amplias redes sociales que contribuyen a incentivar y reproducir las corrientes migratorias regionales. La creciente diversificación de los destinos de la migración originaria de América Latina y el Caribe hace necesario que se establezcan mecanismos de diálogo subregionales, regionales e interregionales a fin de construir consensos orientados a lograr una gobernabilidad adecuada del fenómeno migratorio.¹²

La mayoría de los emigrantes se encuentran generalmente en las edades más productivas —entre 20 y 45 años— y, por lo general, tienen un alto nivel de

educación. La región caribeña ha recibido crecientes montos de remesas a través de los años, estimados en cerca de cuatrocientos millones de dólares anuales, a principios de los 90, y cerca de cuatro mil millones en 2002. Estas remesas representaron un promedio de 6% del PIB entre 1998 y 2003, y actualmente sobrepasan los inlfujos de inversión extranjera directa (IED) y la asistencia oficial de desarrollo.¹³ Por otro lado, la migración representa una fuga de cerebros, lo cual debilita las habilidades y la capacidad del país. Un caso extremo es el de Guyana, que ha estado perdiendo maestros y enfermeros a niveles altos e insostenibles. En Jamaica, cerca de 80% del número de graduados potenciales de la universidad se ha marchado al exterior. En República Dominicana, así como en Jamaica, hasta los graduados de la escuela secundaria se van del país.

Los territorios del Caribe registran algunos de los índices de emigración más altos del mundo. Con la mayor emigración hacia los Estados Unidos, Cuba, República Dominicana, Haití y Jamaica, conforman alrededor de 75% de los 36 millones de habitantes del Caribe. Las migraciones ocurrieron también hacia antiguas colonias de las grandes potencias europeas, Centro y Suramérica, y Canadá. Solo en 1998, los Estados Unidos acogieron a 75 000 inmigrantes de los países caribeños: 20 000 dominicanos, 17 000 cubanos, 15 000 jamaicanos, y 13 000 haitianos. La región, además, se utiliza para el tráfico de migrantes clandestinos procedentes de China, generalmente con destino a los Estados Unidos.

Cuba ha sido uno de los principales países emisores de emigración del Caribe insular. Cerca de un millón de personas nacidas en la Isla vive en los Estados Unidos,¹⁴ lo cual significa más de 10% de los cubanos de nacimiento. A partir de los acuerdos migratorios entre los Estados Unidos y Cuba, se regulariza la migración legal, con cifras mínimas anuales de 20 000 personas, lo que produce un flujo de migrantes durante la segunda mitad de la década de los 90 cercano a las 100 000 personas.¹⁵ La mayoría de los inmigrantes cubanos continúa reproduciendo el patrón tradicional de asentamiento en los Estados Unidos, en el enclave del sur de la Florida, aunque se ha diversificado su relocalización en territorio estadounidense. Entre 1995 y 2003, la cifra total de emigración legal definitiva desde Cuba se estima en 280 650 personas.¹⁶

Los impactos de los cambios internacionales de los 90, la crisis de la economía cubana y las redes sociales de la emigración, condicionan las características del potencial migratorio externo de Cuba. Las contradicciones en las relaciones políticas e internacionales entre el país de origen y de destino de estos migrantes, marcan las particularidades de esta migración. La Isla posee varios destinos de interés como Puerto Rico

El clima de inseguridad, propiciado por el terrorismo, ha conducido a que el tema de la migración internacional se inscriba en los esquemas que buscan dar mayor control y seguridad a las fronteras nacionales. Ello encierra el riesgo de que se perciba a los migrantes como una potencial amenaza, se otorgue prioridad al cierre de las fronteras y se privilegien enfoques restrictivos de los movimientos migratorios.

a inicios de la década de los 60 del siglo pasado, República Dominicana, México y Centroamérica en la segunda mitad de los años 90 del siglo xx e inicios del XXI.

Alrededor de 350 000 haitianos han emigrado a los Estados Unidos, un tercio de los cuales llegó en los años 90. El PIB per cápita en Haití es el más bajo del hemisferio occidental, lo que se une a períodos de represión y desorden social y político. Desde 1981, el país autoriza a los guardacostas estadounidenses a detener las embarcaciones en aguas jurisdiccionales haitianas e internacionales, para determinar si transportan haitianos hacia los Estados Unidos. En 1998, el Congreso de los Estados Unidos aprobó la Haitian Refugee Immigration Fairness Act, que permitió convertirse en inmigrantes a 50 000 haitianos residentes en los Estados Unidos desde 1995. Los haitianos también emigran a la vecina República Dominicana, donde se calcula que viven 500 000 y alrededor de 6% de los residentes dominicanos son haitianos.¹⁷

Haitianos y cubanos siguen emigrando al sur de la Florida de manera ilegal. Durante 1998, los guardacostas interceptaron a 1 025 cubanos y 1 026 haitianos en el mar, los cuales fueron devueltos a sus lugares de origen. No obstante, los cubanos que consiguen llegar a la Florida, pueden permanecer en territorio estadounidense y solicitar su residencia bajo la clasificación del refugio político que le concede la Ley de Ajuste Cubano de 1966 y la política de «pies secos-pies mojados» instrumentada por la administración Clinton.

Otra importante fuente caribeña de inmigrantes a los Estados Unidos es República Dominicana. Alrededor de 775 000 dominicanos han emigrado legalmente, la mayoría desde 1985, casi todos establecidos en la ciudad de Nueva York. República Dominicana tiene aproximadamente ocho millones de habitantes, y los consulados de los Estados Unidos reciben, a diario, un promedio de quinientas solicitudes de visado de inmigración y de turistas, lo que la sitúa en el tercer lugar en número de visados para los Estados Unidos, luego de Filipinas y México, países con una densidad superior de población. La migración

dominicana está presente también en Puerto Rico, con cifras y cualidades de particular significación. Alrededor de 536 000 jamaicanos emigraron a los Estados Unidos en lo que fue una de las últimas migraciones de la región; un 20% de los jamaicanos llegaron solo en la década de los 90.

Puerto Rico es un caso especial de la migración caribeña. Los puertorriqueños han sido ciudadanos estadounidenses desde 1917. En 2000, había más de 3,4 millones de residentes de origen puertorriqueño en los Estados Unidos y más de 3,8 millones en Puerto Rico.¹⁸ Son múltiples las razones y hacen de este proceso, con profundas raíces históricas, una situación particular. Los datos censales confirman que los migrantes puertorriqueños representan uno de los grupos étnicos con mayor desventaja en la sociedad norteamericana. Las estadísticas sobre participación laboral, desempleo, ingreso, pobreza, deserción escolar y otros indicadores sociales y materiales sitúan a estos inmigrantes en los lugares inferiores de la estructura social. La bibliografía más reciente también plantea serios problemas de adaptación económica entre los migrantes de retorno a Puerto Rico.¹⁹

Los inmigrantes dominicanos en Puerto Rico superan a la mayoría de los puertorriqueños en sus características socioeconómicas: niveles de educación, ocupación, e ingresos. Sin embargo, cuando se incluye en el análisis a los indocumentados, el perfil de la población dominicana presenta desventajas respecto a la puertorriqueña. La mayoría de esos inmigrantes ha llenado un vacío en la economía puertorriqueña, particularmente en el sector de los servicios personales de poca calificación.

A lo largo del pasado siglo, la tasa de crecimiento poblacional de Puerto Rico se redujo considerablemente. Las estadísticas muestran un descenso constante en la natalidad desde la década del 50. Ante ese patrón, los movimientos migratorios cobran mayor auge como factores decisivos en el tamaño y la composición de la población. Desde los años 60, los flujos migratorios hacia la Isla han contribuido sustancialmente al

crecimiento poblacional, sobre todo en el área metropolitana de San Juan.

Durante los últimos cuarenta años, la población puertorriqueña ha experimentado cambios esenciales en su composición étnica, de género y lugar de nacimiento.²⁰ Las estadísticas censales muestran un envejecimiento progresivo, un predominio creciente del sector femenino y una diversificación en los orígenes nacionales de los residentes en la Isla. La migración masiva a los Estados Unidos contribuyó a reducir el número de hombres jóvenes, de modo tal que predomina la población femenina de edad madura, por tanto, su envejecimiento causa una contracción en la fuerza laboral disponible y un aumento en el costo de los sistemas de bienestar público.

Ante circunstancias económicas inciertas, continúa el aumento del número de puertorriqueños que circulan incesantemente entre la Isla y la diáspora. Una masa creciente fluctúa en ambas direcciones, en busca de oportunidades económicas diferentes, mientras que los lazos transnacionales entre las comunidades puertorriqueñas se afianzan con el movimiento de personas, ideas, bienes y capitales entre Puerto Rico y los Estados Unidos, a la vez que persiste la condición colonial.

En el caso del Caribe anglófono, se reproducen algunos de los patrones que caracterizan al movimiento de población en el resto de la región, en tanto otros difieren. La edad y sexo de los migrantes varían de acuerdo con las razones para emigrar. La mayoría de las migraciones de las dos últimas décadas es de edad madura. La distribución de sexo cambia de lugar en lugar, en dependencia de las ocupaciones de los emigrantes. El nivel educativo promedio es elevado entre los que emigran e inmigran. En la mayoría de los casos, es mayor que el de los nacionales²¹ y se mueve en variables ocupacionales para aprovechar las oportunidades que ofrece la nación receptora.

Las migraciones fuera del Caribe anglófono se distinguen por frecuentes visitas a sus lugares de origen y el retorno definitivo después de un tiempo prolongado fuera; mantienen residencia en dos naciones y sus remesas son continuas, asociadas con un eventual regreso. No obstante, en ocasiones los migrantes prefieren invertir de manera más segura su capital en otras naciones.

Las remesas de quienes trabajan en los Estados Unidos son la mayor fuente de divisas del Caribe. La «mano de obra» constituye la principal exportación de muchos de los países de la región. Las enviadas a Cuba pueden haber representado, en 1998, alrededor de ochocientos millones de dólares. El flujo de remesas de México y algunos países de Centroamérica y el Caribe

creció de mil millones en 1980 a tres mil setecientos millones en 1990, y ascendió a más de diez mil millones en 1999.²²

Muchas de las familias que reciben remesas afirman que representa entre 30 y 50% de todos sus ingresos. Estas han acelerado la llamada «dolarización» de las economías de América Latina y el Caribe, y la utilización del dólar estadounidense como medio de pago legal con miras a la estabilidad monetaria. Los vínculos creados mediante las remesas sugieren cambios radicales que reconfiguran económicamente a varios de los países caribeños. Pareciera que rescatan las economías, a la vez que crean nuevas formas de dependencia sobre la base de viejos canales de dominio geopolítico.

Para los países caribeños, la relación migración internacional-desarrollo, tiene un significado especial, debido a las dimensiones geográficas de la mayoría, la proporción de su población que vive en la diáspora, el lugar principal que ocupan, en muchos casos, las remesas en el total de sus exportaciones, y la creciente transnacionalización de su migración. La migración actúa directamente en la vida de la región, los proyectos sociales, los modelos económicos y el accionar de sus relaciones internacionales no deben desconocer esta realidad.

En la actualidad, los flujos de migrantes caribeños mantienen relaciones políticas y económicas con más de un Estado nacional, y en algunos casos, poseen más de una ciudadanía legal. Los cubanos, puertorriqueños y dominicanos tienen una relación particular con la ciudadanía estadounidense, que permite la circulación entre el país de origen y los Estados Unidos, como si se tratara de una migración interna. La existencia de una doble ciudadanía distingue entre el momento migratorio y la experiencia de retorno, en la identificación legal del mismo individuo.²³ Se produce una cultura del desplazamiento que permite identidades nacionales forjadas en colaboración con poblaciones móviles, propias y ajenas, a partir de las que cuales se postulan procesos de identificación locales y transnacionales.

Interrogantes y retos

Múltiples interrogantes se derivan de la situación migratoria en el mundo, con particular presencia en el área del Gran Caribe. Un intento de identificación nos conduce al problema de cuáles son los efectos de la emigración sobre las estructuras económicas, sociales y las relaciones internacionales; o de cómo evaluar, en el plano de las relaciones económicas, variables como la creciente dependencia a las transferencias externas resultado de las remesas familiares, la posible existencia

de economías rentistas, la exportación de fuerza de trabajo como una de las áreas de mayores ventajas comparativas, la dependencia del bienestar y de la vida cotidiana al envío de remesas, la manifestación de la fuga de cerebros, políticas que se aplican y las redes sociales de los emigrantes en los países de origen y destino. Pero hay muchos otros. Por ejemplo, cómo afecta la emigración y el retorno de los emigrantes el comportamiento político y las relaciones de poder, así como los derechos jurídicos y políticos de los emigrantes en el país de origen y las políticas de protección hacia ellos; los impactos en el plano cultural y la identidad nacional; la formación de redes de comunicación basadas en la migración; los efectos causados por la migración, y las consecuencias sobre esta, de las relaciones económicas, sociales, culturales y políticas entre los países de origen y destino de los migrantes; la medida en que la migración configura el desarrollo de relaciones internacionales y la aparición de instituciones supranacionales; la presencia de posibles rasgos de transnacionalidad a partir de la presencia de las relaciones migratorias.

En torno a estos y otros problemas, se precisa desarrollar las capacidades de investigación dentro del área y fomentar el análisis empírico y teórico de la migración y las relaciones políticas e internacionales. Los resultados podrían contribuir a aumentar la información y el análisis destinado a políticos, organizaciones intergubernamentales, no gubernamentales, locales, y las propias del trabajo científico e intelectual.

A escala regional, pareciera existir consenso sobre la necesidad de impulsar iniciativas para promover la participación, el diálogo y la cooperación entre los Estados, con el propósito de reducir las consecuencias negativas de la migración y potenciar sus beneficios.²⁴ Es necesario definir políticas y acciones orientadas a una gestión más adecuada del fenómeno migratorio que minimice sus consecuencias no deseadas, como la violación de los derechos humanos, la trata de personas y el tráfico ilícito de migrantes, la pérdida de capital humano y la migración indocumentada, así como evitar que la creciente asociación entre seguridad y migración, a escala mundial, derive en el tratamiento inadecuado de los flujos migratorios. El clima de inseguridad, propiciado por el terrorismo, ha conducido a que el tema de la migración internacional se inscriba en los esquemas que buscan dar mayor control y seguridad a las fronteras nacionales. Ello encierra el riesgo de que se perciba a los migrantes como una potencial amenaza, se otorgue prioridad al cierre de las fronteras sobre las estrategias que buscan administrar adecuadamente la migración y se privilegien enfoques restrictivos de los movimientos migratorios. Esto puede

atentar contra los derechos de los migrantes y aumentar su vulnerabilidad.

En el orden conceptual, todo lo anterior conlleva la necesidad de replantearse algunas ideas y representaciones tradicionales que sirvieron de marco para el análisis de la realidad mundial, como Estado, nación, frontera, soberanía, tráfico de personas, seguridad, tráfico de drogas y, sin dudas, la naturaleza de las relaciones internacionales.

Finalmente, se evidencia la urgencia de que los países del Caribe construyan un espacio de diálogo y colaboración para contribuir a atender su problemática migratoria con prácticas adecuadas, que pueden ser replicadas en otras regiones del planeta.

Notas

1. Antonio Aja, «Temas en torno a un debate sobre las migraciones internacionales», *Contracorriente*, n. 21, La Habana, segundo semestre de 2004, pp. 45-70.
2. Antonio Aja y Antonio Gaztambide, «Migraciones internacionales: un proyecto de investigación desde el Gran Caribe. 2005», Fondos del Centro de Migraciones Internacionales (CEMI) de la Universidad de la Habana.
3. Andrés Serbín, *El ocaso de las islas: el Gran Caribe frente a los desafíos globales y regionales*, Editorial Nueva Sociedad, Caracas, 1996.
4. *Ibidem*, p. 27 (el énfasis es nuestro. A.A. y A.G.). Para una discusión más detallada, véase Antonio Gaztambide, «La Caribbean Studies Association y el mito fundante del Gran Caribe», *DIÁLOGO* (mensuario UPR), San Juan, septiembre de 1997.
5. *Ibidem*, pp. 36 y 45 (el énfasis es nuestro. A.A. y A.G.).
6. James Rosenau, «Demasiadas cosas a la vez: la teoría de la complejidad y los asuntos mundiales», *Nueva Sociedad*, n. 148, Buenos Aires, marzo-abril de 1997, pp. 70-83.
7. Mirna Yonis Lombano, «Interlocutores y agendas en las relaciones internacionales del Caribe», en Antonio Gaztambide y Rafael Hernández, coord., *Cultura, sociedad y cooperación. Ensayos sobre la sociedad civil del Gran Caribe*, Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello y Proyecto Atlantea, La Habana y San Juan, 2003.
8. Antonio Gaztambide, «La revolución cultural mundial», en Antonio Gaztambide y Silvia Álvarez Curbelo, eds., *Historias vivas. Historiografía puertorriqueña contemporánea*, Historias (A.P.H.) y Postdata, San Juan, 1996.
9. Andrés Serbín, coord., *Medioambiente, seguridad y cooperación regional en el Caribe*, INVESP/CIQRO/Editorial Nueva Sociedad, Caracas, 1991.
10. Es el caso del Caribbean Policy Development Centre (CPDC), con sede en Barbados, y la Coordinadora Regional de Investigaciones Económicas y Sociales (CRIES), antes mencionada. Más recientemente, ha surgido un híbrido en el Proyecto Atlantea con redes de trabajo entre universidades y organizaciones comunitarias, como la que coordina Roberto Mori (2003): «una verdadera red internacional de relaciones de la

Antonio Aja y Antonio Gaztambide

sociedad civil, que incluye hasta las diásporas caribeñas en la ciudad de Nueva York».

11. Para este y los próximos cuatro párrafos véase Banco Internacional para la Reconstrucción y el Desarrollo (BIRD), *Datos destacados. Caribe en el siglo XXI*, 2005, www.bancomundial.org.

12. «Conclusiones de la Reunión de Expertos sobre Migración Internacional y desarrollo en América Latina y el Caribe», México, 2005, www.conapo.gob.mx.

13. Al respecto, existe variación entre los países. Por ejemplo, Haití es el que más remesas recibe (14% del PIB) y Trinidad y Tobago es la que recibe menos (cerca de 1% del PIB).

14. Antonio Aja, «Cuban Emigration in the 1990s», *Cuban Studies*, n. 30, Pittsburgh, 1999.

15. Antonio Aja, «La emigración cubana entre dos siglos», *Temas*, n. 26, La Habana, julio-septiembre de 2002.

16. Antonio Aja, «Tendencias de la emigración desde Cuba a inicios del siglo XIX», *Anuario Electrónico CEMI*, Universidad de La Habana, 2006, www.uh.cu.

17. Para este y los próximos dos párrafos véase OIM, *Informe de la Organización Internacional de las Migraciones*, ONU, Nueva York, 2000.

18. United States, Department of the Interior, Bureau of the Census, *2000 data for Puerto Rico*, www.census.gov/census2000.

19. Jorge Duany, «Nación, migración, identidad. Sobre el transnacionalismo, a propósito de Puerto Rico», *Nueva Sociedad*, n. 178, Buenos Aires, marzo-abril de 2002, pp. 56-69.

20. *Ibidem*, p. 31.

21. Elizabeth Thomas-Hope, «Trends and Patterns of Migration to and from Caribbean Countries», Simposio sobre migración internacional en las Américas, OIM/CEPAL, 2000, p. 12.

22. Manuel Orozco, «Integración desde abajo: el impacto de la migración en las economías de Centro América y el Caribe», *Pensamiento Propio*, n. 12, Managua, julio-diciembre de 2000.

23. Yolanda Martínez San Miguel, *Caribe Two Ways: cultura de la migración en el Caribe insular hispánico*, Ediciones Callcén, San Juan, 2003.

24. Algunos de los retos de estos procesos de diálogo y cooperación se sintetizan, por ejemplo, en las conclusiones de una reunión de expertos sobre migración internacional y desarrollo en América Latina y el Caribe. Véanse «Conclusiones de la Reunión de expertos sobre migración internacional y desarrollo en América Latina y el Caribe», Foros Regionales sobre migraciones internacionales, México, DF, 2005, p. 5. www.conapo.gob.mx.

© TEMAS, 2007